



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

Homilía en la Santa Misa de la festividad de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote Parroquia de San José – Soria (17 de junio de 2011)

Mis queridos hermanos:

Ayer, jueves después de la Solemnidad de Pentecostés, hemos celebrado en la Iglesia la fiesta de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Nosotros nos reunimos un día más tarde, en esta jornada eminentemente sacerdotal y familiar, para dar gracias a Dios como hacemos cada año por los sacerdotes y por sus familiares, especialmente por aquellos que les habéis acompañado y atendido a través de toda su vida ministerial (padres, hermanos, hermanas, sobrinas, etc.), en la que tanto habéis colaborado y en la que tantísimo habéis tenido que ver.

Nadie puede vivir mejor que vosotros el espíritu sacerdotal de esta jornada. Los sacerdotes, porque hemos sido elegidos por el mismo Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, por el sacramento del Orden para actuar en su nombre; y vosotros, familiares, porque habéis estado siempre (y seguís estando) al lado de los sacerdotes alentando, gozando y sufriendo por todo lo que ellos se han alegrado y sufrido a lo largo de su vida. Gracias por haber sido sostén y pilar, en tantos momentos, de la existencia sacerdotal de los vuestros. Por ello, para todos vosotros, sobre todo para los familiares, mi sincero reconocimiento y gratitud.

En este día, el Señor nos convoca en torno a la mesa de la Eucaristía, Pan partido y Sangre derramada, a la vez que estrechamos más la fraternidad y creamos espacios para el diálogo y la convivencia. Nos acoge este año la parroquia de San José donde nos sentimos como en casa. Saludo con verdadero afecto al párroco, D. Alberto, que siempre está dispuesto a poner a disposición de la Diócesis lo que necesitamos de esta comunidad parroquial; le agradezco su talante y su disponibilidad.

Hermanos, Jesucristo en su vida terrena, sobre todo en el acontecimiento central de su Misterio pascual -su Pasión, Muerte y Resurrección-, ofrece el rostro perfecto y definitivo del sacerdocio de la Nueva Alianza. Como dice el autor de la Carta a los Hebreos, Jesús -siendo hombre como nosotros y, a la vez, unigénito de Dios- es en su propio Ser el Mediador perfecto entre el Padre y la Humanidad (cfr. Hb 8-9); Él lleva a su plena realización el ser Mediador al ofrecerse a Sí mismo en la Cruz con la cual nos abre, de una vez por todas, el acceso al Santuario celestial, a la casa del Padre (cfr. Hb 9, 24-26).

Con el único y definitivo Sacrificio de la Cruz, Cristo Jesús comunica a todos sus discípulos la dignidad y la misión de ser sacerdotes de la Nueva y Eterna Alianza, de tal manera que todo el pueblo queda constituido como *“un edificio espiritual”, “un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales agradables a*

Dios por mediación de Jesucristo” (1 Pe 2, 5) Es el sacerdocio común y universal de todos los bautizados.

Sin embargo, al servicio de este sacerdocio común y universal de todos los bautizados, Jesús eligió y llamó consigo, durante su vida terrena, a algunos discípulos (cfr. Lc 10, 1-12) y con una autoridad y un mandato específicos llamó y constituyó a los Doce para que *“estuvieran con Él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios”* (Mc 3, 14-15) Para el cumplimiento de esta misión, Cristo confiere a los Apóstoles, en virtud de una efusión especial del Espíritu Santo, la misma autoridad mesiánica que le viene del Padre y que le ha sido conferida en plenitud con la Resurrección: *“me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo os he mandado. Y sabed que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 18-20)

Juan Pablo II, en la Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo del año 2004, decía: *“en la Última Cena hemos nacido como sacerdotes”* (1); *“hemos nacido de la Eucaristía. Lo que decimos de toda la Iglesia, es decir, que la Iglesia vive de la Eucaristía, podemos afirmarlo también del sacerdocio ministerial: éste tiene su origen, vive, actúa y da frutos «de Eucaristía»; no hay Eucaristía sin sacerdocio, como no existe sacerdocio sin Eucaristía”* (n.2)

Sabemos, queridos todos, que el ministerio de la Palabra, la evangelización, es un elemento fundamental en el ministerio de los sacerdotes; sin embargo, el núcleo y el centro vital de la vida y ministerio sacerdotal es, sin duda, la Eucaristía, Presencia real en el tiempo del único y eterno Sacrificio de Cristo.

El presbítero, consagrado para perpetuar el Santo Sacrificio, manifiesta así, del modo más evidente, su identidad pues hay una íntima relación entre la centralidad de la Eucaristía, la caridad pastoral, la unidad de vida y el apostolado del sacerdote; sí, en ella, en la Eucaristía, encuentra el presbítero la fuente, exigencia y configuración de su espiritualidad y santidad. El sacerdote, representación sacramental de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, se deja expropiar por Cristo y le presta su inteligencia, su voluntad, su voz y sus manos para que mediante su propio ministerio pueda ofrecer al Padre el Sacrificio sacramental de la Redención. Pero él deberá hacer suyas las actitudes del Maestro y -como Él- vivir como don y entrega para sus hermanos.

Es necesario, queridos todos, acercarnos a la Eucaristía con actitud orante y contemplativa. Nos equivocáramos si la Eucaristía no fuera el centro de nuestra vida y, si a la hora de anunciar el Evangelio, de construir la comunidad cristiana y de hacer Iglesia no lo hiciéramos desde la Eucaristía, que es *“Fuente y Cumbre de toda la vida cristiana”* (LG 11)

Hoy es un día especialmente importante y esta Eucaristía así lo manifiesta pues nuestra celebración lo es para agradecer al Señor la llamada que nos ha hecho a todos y cada uno de nosotros a ser sacerdotes y, a algunos, por especial e inmerecida predilección, a ser sus presbíteros al servicio de la comunidad. El haber

sido ordenados; el habernos llamado para administrar los Misterios de Dios, para repetir a través de los siglos la Eucaristía, Centro y Culmen de la vida cristiana, es motivo más que suficiente para darle gracias al Buen Pastor. Sí, Él nos llamó, nos dio la gracia de saber responderle, nos consagró y nos envió. Es hoy, pues, un día muy importante para pedirle al Señor que valoremos cada vez más la Eucaristía y la vivamos admirados por lo que es y significa: la memoria de la Muerte y de la Resurrección del Señor pues cada vez que la celebramos anunciamos su Muerte, proclamamos su Resurrección y pedimos su venida gloriosa.

Queridos todos: el beato Juan de Palafox es modelo de vivencia de la Eucaristía con verdadera devoción y con auténtica *conmoción*. En ella contemplaba a ese Cristo muerto y resucitado que había entregado su vida por nosotros y a quien el Padre había resucitado para que fuéramos salvados. Ante tal contemplación, los ojos se le llenaban de lágrimas y lloraba en ella sus pecados; lloraba ante la emoción de un Dios capaz de entregarse hasta el final por la salvación de los hombres; lloraba, en definitiva, de inmensa gratitud ante tanta generosidad.

Sabemos que nuestro querido beato Palafox tuvo un gran amor a la Virgen. Quiero concluir esta homilía invitándoos a dirigir la mirada y el corazón a la Virgen María, Madre de los sacerdotes. Ella se nos muestra como modelo de acogida total a la llamada de Dios en la Anunciación; como modelo de preocupación por los demás en la visita a su prima Isabel y en su intercesión por aquellos novios en las bodas de Cana; y como modelo de Madre que cuidó a los Apóstoles y a cuyo amparo tenemos que acogernos en todo momento sabiendo que no nos va a faltar su intercesión y su ayuda en nuestra misión evangelizadora pues ella es la Madre de la Iglesia y Madre de los Apóstoles. Que esta jornada tan sacerdotal, nos ayude a identificarnos con Jesucristo, Sacerdote, Víctima y Altar. Que María, Madre de Jesús y Madre de los sacerdotes, nos acompañe siempre en nuestra vida y ministerio sacerdotales.

Madre de Jesucristo, que estuviste con Él al comienzo de su vida y de su misión, lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre, lo acompañaste en la Cruz, exhausto por el Sacrificio único y eterno, y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo: acoge a los llamados al sacerdocio, protégelos siempre para que sean fieles y acompáñalos en su vida y en su ministerio. Amén.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria